

GOTA DE VIDA

Llovía despacio, muy despacio. Todo estaba impregnado de una calma en constante movimiento, mientras manejaba mi auto escuchaba música intentando levantar mi ánimo. Pero no, nada perturbaba mi pasividad, todo seguía sereno. Los autos eran conducidos como siempre, todo era ruido y movimiento, y a pesar de ello, parecía todo calmo.

Eran de esos días que te sientes decaído, en los que no sabes por qué, pero eso no tiene importancia. Hay mil razones en este mundo para deprimirse: viejos que sufren, niños que no ríen, animales martirizados, ríos que mueren, y los sucesos estúpidos por los que explotamos (como un examen reprobado, una uña rota, un comentario de un amigo o un partido perdido) son sólo la gota que derrama el vaso. ¡Gota! De ella te quería hablar. Estaba en la línea esperando la luz verde del semáforo, al otro lado, los autos en sentido contrario a mi dirección se abalanzaban mientras su verde se los permitía. Justo a la altura de mi posición un gran charco de agua y en el momento que cruzó aquella camioneta, sucedió.

Debido a la lluvia mi cristal ya estaba mojado, algunas gotas sedentarias no alcanzaban a deslizarse cristal abajo y sólo permanecían allí, como esperando algún suceso, y llegó. Fue una imagen clara, bella, eterna. La camioneta metió la llanta delantera izquierda en el charco que aguardaba tranquilo, sereno, sólo perturbado por las gotas que llegaban sin molestar del cielo. El charco entonces perdió la calma, y cientos de gotas salieron disparadas cual proyectiles en todas direcciones. Algunas de ellas vinieron hacia mí, y en un momento se estrellaron en el cristal lateral de mi auto.

Las nuevas llegadas al vecindario de mi cristal lateral izquierdo irrumpieron, cayeron y se desplazaron a gran velocidad hacia el sur. Y allí estaba ella, era hermosa, su forma era perfecta. Ella parecía estar liberada del bullicio de las demás recién llegadas. En realidad no vi cuando llegó, sólo se que en un instante glorioso la enfoqué sólo a ella, todas las demás se convirtieron en personajes secundarios en la vida de una gota de lluvia en el cristal de mi auto.

La vi moverse lentamente, con aquella cadencia de la dama refinada que sabe que es el ritmo de sus caderas lo que realza su belleza y la lanza al estrellato. Cruzó lentamente el primer cuarto superior del cristal. Alrededor de ella todas las demás gotas parecían llevar prisa, pero ella segura se deslizaba paso a paso. De reojo observé como las otras gotas cruzaron el cristal a gran velocidad arrollando a su paso a pequeñas gotas sedentarias que permanecían tranquilas en mi cristal. Por el contrario, ella seguía allí, moviéndose despacio, dándome oportunidad de disfrutar su presencia. A su paso se encontraba con aquellas gotitas sedentarias, parecía que charlaba con ellas por un momento y las convencía de unírsele en su misión. ¿Cuál?... supongo que sólo recorrer el cristal, sólo eso, sí, así de simple.

Seguía su camino mi bella amiga, estando ya a la mitad del cristal había embarnecido un poco, las gotitas que se le unían la hacían más grande, más fuerte, pero igualmente bella. Casi todas sus compañeras habían desaparecido en el sur, cruzaron demasiado rápido y se fueron como llegaron, si no fuera por las pobres gotitas sedentarias que se llevaron consigo su presencia hubiera pasado desapercibida. Afuera otro auto tomó el mismo charco, aquel que en un momento dio origen a mi bella amiga. Un nuevo grupo de gotas llegaron al vecindario, de entrada no les hice caso, sólo cuando una de ellas cruzó a una gran velocidad a su lado, temí por ella. Pensé que se la llevaría, pero no, ella seguía allí esplendorosa, magnánima. Todo su recorrido había sido en línea recta, pero de pronto giró un poco a la izquierda, como esquivando a la gotita sedentaria que estaba a su camino, quizás a ésta no le pareció la misión de mi gota. Así siguió acompañando mi espera, unos centímetros hacia el sur, otros menos al este y más al sur, recogiendo a las gotitas sedentarias que querían unírsele y esquivando a las que no.

No alcancé a verlas venir, mi fascinación por ella no me dejó ver más allá de su imagen, sólo alcancé a ver a una gota gigante que veloz e implacable la borró de mi vista, seguí con la vista el camino de esta gota maldita. Era grande, muy grande y amorfa, se estrelló en la frontera sur de mi cristal y sólo habían quedado algunas gotitas muy cerca de la zona de impacto.

Un claxon hizo que volteara mi vista al frente y vi la luz verde, recuperé la conciencia de mi tiempo y metí primera, avancé unos cuantos metros y miré por el retrovisor como queriendo encontrarla. Un gran charco parecía decirme *hasta pronto*.